

No al olvido de las utopías ciudadanas

In memoriam de Millán Santos, cura y maestro (11/11/1926-9/03/2002)

El miércoles 28 de octubre el historiador Pedro Carasa publicaba un excelente artículo bajo el acertado título “Los vecinos comuneros”, en la sección de Opinión de este medio, aseverando que las asociaciones vecinales españolas habían liderado el mayor movimiento social urbano desde las postrimerías de la etapa franquista hasta la implosión del 11 M, haciendo mención al protagonismo de Millán Santos en el barrio de las Delicias.

En estos tiempos de pandemia y de desorientación, algunos pensadores y políticos, a golpe de realismo, nos proponen hacer olvido de proyectos que den sentido al aprendizaje de la vida, que no perdamos tiempo en filosofías, dando prioridad al adagio latino “primun viveve, deinde philosophari”. Sin embargo ensayistas actuales, analizando los proyectos utópicos, afirman que no fue el comunismo como utopía lo que ha fracasado, no fue el socialismo como utopía lo que ha fracasado, sino que su materialización en lo real, su cristalización pragmática en algunos países lo que ha fracasado. Un diagnóstico correcto exige partir de la realidad en la que estamos, y en consecuencia tengamos que reconocer que posiblemente estemos al final de los grandes relatos. Los momentos de incertidumbre que nos atenazan, el miedo social que propicia el recorte de libertades, el repliegue hacia ámbitos personales que nos aíslan de la preocupación común y otras muchas más orejeras que nos colocamos nosotros, todo ello contribuye e impide que elevemos el vuelo de nuestra mirada, levantando muros de olvido. El maestro Millán, al hacer repaso de su vida, escribía, en uno de sus cuadernos que me hizo llegar la familia tras su fallecimiento, esta propuesta como camino para despertar y saber estar: «Mi experiencia me dice que lo mejor es estar con la gente, sobre todo cuando tiene problemas... O estás con el pueblo o te has ido para otro sitio... Yo estoy con los que tienen que transformar la sociedad».

Las personas nacemos en un mundo configurado institucionalmente, crecemos biológicamente y nos incorporamos progresivamente en las formas institucionalizadas para abordar y resolver los conflictos que la convivencia genera. A la par introducimos nuestros modos de comportamiento, de pensar y de valorar en instituciones legitimadas por el consenso social. No somos meros espectadores de la cosa pública, sino republicanos titulares de unas capacidades para mejorar las condiciones de vida en común. En unas sociedades globalizadas, en las que los intereses económicos, culturales y de dominio de unos pocos deciden sobre nuestras relaciones e imponen sus modelos uniformes en función de sus fines y beneficios privados, saber estar es un reto utópico. Hace ya mucho tiempo que el filósofo francés Michel de Montaigne propuso que filosofar es aprender a vivir y que es necesario distinguir para no confundir lo que nos urge con lo que nos orienta con valor en la vida.

«Lo importante es que se devuelva al pueblo lo que le pertenece, y al pueblo le pertenece la cultura, como le pertenece la distribución de la economía, del dinero y de la participación», según Millán hemos sido desposeídos, enajenados, nos hemos hecho dependientes y hemos abandonado la virtud cívica del compromiso. Poco a poco asistimos como espectadores de la gobernabilidad de unos pocos, que a fuer de pragmáticos, no hacen sino gestionar con vistas al menor mal, a lo que menos movilice y provoque una adhesión ciudadana responsable para abordar los problemas en un tiempo tan necesitado de inclusión de la ciudadanía. No es posible el funcionamiento de las instituciones por sí solas, si no tienen un lugar en los hábitos del corazón del ciudadano, comentaba otro pensador francés, Alexis de Tocqueville, tan citado en estos días a propósito de las recién celebradas elecciones norteamericanas. Hay que seguir demandando una cultura de la participación política, porque todos estamos interesados por lo que

nos concierne. Hoy, las cuestiones económicas, políticas, laborales, educativas, especialmente las de salud, de hábitat son preocupaciones del saber estar en la responsabilidad ciudadana.

En este año 2020 se está celebrando el cuarenta aniversario de la creación de la primera Federación Vecinal en Valladolid. Era enero de 1980, y se requería poner un nombre propio para registrar esta nueva entidad en el Gobierno civil, su andadura ayudaría a dinamizar la coordinación entre barrios ya existente y ser un interlocutor válido ante el Ayuntamiento democrático recientemente constituido; y puestos a sugerir nombres, más allá del santoral y de los lugares propios de la ciudad, fue el cura y maestro Millán, lector apasionado del poeta sevillano, el que propuso el nombre de Antonio Machado, a la par que haciendo memoria de la trayectoria de tantos años de relación entre las asociaciones vecinales existentes, el verso «se hace camino al andar» servía como lema idóneo para el quehacer de la nueva Federación.

El desmonte ideológico de los proyectos utópicos es un riesgo que nos está cegando el horizonte, por lo que urge recuperar las utopías diarias que sostienen que no se puede ser feliz insolidariamente, y que saberse ciudadano del mundo con nuestras acciones es la mejor motivación para seguir avanzando en el crecimiento democrático: «Tengo la convicción utópica de que el pueblo tiene muchas posibilidades» y añadía Millán, «es él que tiene que tomar la palabra».

Jesús Ojeda Guerrero, investigador en Ciencias Sociales